

Historia

LA IGLESIA

EN

TIERRA SANTA

Hasta 1948 el número de cristianos (católicos, ortodoxos y protestantes) de Tierra Santa no alcanzaba ni siquiera la octava parte de la población de Palestina y Transjordania.

Después de la guerra judío-árabe, los israelitas se han quedado con la mayor parte de Palestina.

Actualmente la Tierra Santa está dividida en dos Estados por una línea fronteriza que pasa por el medio de Jerusalén. El nombre de Palestina ha sido borrado de los mapas. Estos dos Estados —el reino árabe de Jordania y la república de Israel— tienen gobiernos teocráticos: el uno musulmán y el otro israelita. Sus poblaciones respectivas se diferencian profundamente en cuanto a religión, cultura y manera de vivir y trabajar; pero, como unos y otros aspiran a gobernar el territorio entero, la paz, tan necesaria para la prosperidad de ambos, parece estar lejos todavía. Entre tanto, cuatro años hace que se vive en un régimen de armisticio bastante precario, bajo el arbitraje de la organización de las Naciones Unidas, que mantienen aquí sus observadores. En consecuencia, la frontera judío-árabe está bajo severísima vigilancia militar, no pudiendo ser atravesada más

que en un solo punto, que se encuentra en Jerusalén. La autorización para atravesarla se concede con relativa facilidad a los diplomáticos (incluido el cuerpo consular) que no sean ni judíos ni árabes ni comunizantes, así como a los jefes religiosos (cristianos) residentes en uno de los dos Estados. En cuanto a los simples sacerdotes, así religiosos como seculares, deben solicitar el permiso con antelación y cada vez que intenten cruzar la frontera.

Los seculares, fuera de casos especiales, no pueden pasar de un Estado a otro. Sin embargo, mientras que los judíos nunca están autorizados a entrar en territorio de Jordania, el Gobierno Israelita, con ocasión de las fiestas de Navidad de los diversos ritos, permite a varios miles de cristianos residentes en Israel que pasen dos días y una noche en Belén, localidad que está bajo administración jordana. Nótese que se trata de un favor que se hace exclusivamente a los cristianos, sean o no árabes, y no a los musulmanes.

Los peregrinos y turistas no judíos procedentes de países de ultramar fácilmente pueden obtener el permiso de cruzar esta frontera una sola vez durante el viaje; con ello pueden visitar toda la Tierra Santa; pero esta restricción les obliga a realizar un viaje circular por el Oriente es decir, a embarcar en Israel si desembarcaron en un país árabe, y viceversa.

La ciudad de Jerusalén, no obstante la decisión de las Naciones Unidas, está, pues, repartida entre estos dos Estados rivales. La parte vieja de la ciudad, con el Santo Sepulcro, la Vía Dolorosa, el huerto de los Olivos, el monte de los Olivares y el Ophel (donde se encontraba la Jerusalén del tiempo de David) están en la zona árabe, y en ella se conservan los usos y costumbres orientales.

La ciudad nueva, de calles anchas y fachadas modernas y bien alineadas, con barrios elegantes y limpios y civilización occidental, está administrada por el Gobierno israelita, el cual ha instalado incluso aquí la mayor parte de los ministerios y el Parlamento, que originariamente

te estaban en Tel Aviv-Jaffa.

Al menos, la mitad de las casas de la Jerusalén israelita pertenecen a personas no judías, principalmente árabes, que en su mayor parte son cristianos. De estos 20 ó 30.000 árabes de Jerusalén hoy sólo quedan en la ciudad alrededor de 1.000; los demás han huído, unos por miedo a las balas y a las bombas, otros expulsados a la fuerza por el Ejército judío. Sus viviendas han sido ocupadas por familias judías ya refugiadas de la Palestina árabe (donde no queda ningún judío), ya inmigradas de otras partes.

Hasta 1947, antes de emigrar estos árabes, varias escuelas católicas (latinas) de la actual Jerusalén judía eran florecientísimas y muy frecuentadas. Hoy la mayor parte de los escolares están con sus padres, refugiados en países árabes, sin posibilidad de volver a su antigua residencia. Por eso varias de estas escuelas han debido cerrarse para hacer posible la apertura de otras en Jordania. Dos escuelas de niñas, siguen, sin embargo, abiertas en la Jerusalén judía, pero con matrícula reducida y buena proporción de alumnas israelitas. Los locales de las antiguas escuelas cristianas los ocupan hoy organizaciones culturales y oficinas gubernamentales.

La Jerusalén árabe, por el contrario, está superpoblada a consecuencia del establecimiento de numerosas familias de refugiados. Las obras católicas funcionan activísimamente en favor de una población demasiado pobre y falta muchas veces de lo necesario. Tal es el caso de la mayor parte de los 600 a 800.000 refugiados árabes que hay esparcidos por la Palestina árabe, en Transjordania, Siria, Líbano y en el enclave superpoblado de Gaza, donde la miseria es más aguda que en ninguna parte.

Examinemos ahora en sus líneas generales la situación de los católicos que viven tanto en Israel como en Jordania.

En Israel

De 600 a 800.000 árabes, en su inmensa mayoría musulmanes (90 por 100)

tuvieron que abandonar casas y tierras precipitadamente. La mayor parte fueron a refugiarse en las naciones árabes próximas y en el territorio de Gaza, bajo control egipcio; algunos millares buscaron refugio en Nazaret y en las aldeas próximas a esta ciudad; como el Ejército judío tomó estas localidades rapidísimamente y apenas sin combatir, la población árabe, amén de los refugiados, pudieron quedarse allí.

La mayor parte de los árabes que todavía permanecen en Israel están agrupados en un cierto número de pueblos de Galilea, desde el monte Carmelo hasta la frontera libanesa; en el centro se hallan Nazaret y Acre. En el resto del Estado de Israel casi todos los pueblos árabes están desiertos y destruidos. Un número aproximadamente igual de inmigrantes judíos han llegado, sobre todo de la Europa central y oriental y de los países árabes. De ellos, unos habitan en las casas abandonadas por los árabes —casas que en la ciudades han sido respetadas, por lo general— y otros explotan sus campos a base de métodos modernos de agricultura. Estos segundos han establecido junto a los campos que cultivan poblados y colonias agrícolas cooperativas formadas de casas pequeñas fabricadas en serie.

La historia de Jerusalén se repite para Jaffa, Ramleh, Haifa y varias otras ciudades, en donde la población árabe ya no da señales de vida, habiendo los judíos ocupado las casas de aquéllos. En Jaffa y Haifa, como en Jerusalén, las escuelas católicas que siguen funcionando han tenido que admitir una gran proporción de israelitas como alumnos, debido al cambio de la población.

No quedan en Israel más que 25.000 católicos, es decir alrededor de 17.500 griegos melquitas (todos árabes), 5.350 latinos de raza árabe y de 1.000 a 2.000 latinos no árabes, de los cuales la mayor parte son judíos conversos o descendientes de conversos. Estos hebreos deben ocultar en lo posible su condición de católicos para no verse reducidos a la miseria extrema por los demás judíos,

incluso no practicantes, los cuales se valen de este pretexto para deshacerse de un rival en los negocios o de un inquilino que compartió el mismo piso de casa.

La ley israelita actual proclama la libertad de conciencia y de cultos. Sin embargo, hay en el país una minoría de judíos ortodoxos fanáticos que pretenden hacer observar las leyes del Antiguo Testamento acerca del descanso sabático y la distinción entre alimentos puros e impuros, lícitos e ilícitos. Estos, por instigación de ciertos rabinos, son capaces de apedrear a los bomberos si tratan de apagar un incendio en sábado. De dos o tres años a esta parte, sobre todo, vienen realizando una campaña en la prensa, en carteles murales, con amenazas y gestiones individuales en contra de los padres israelitas que mandan sus hijos a las escuelas católicas; ellos fueron los que maltrataron, dando de golpes y bofetadas, a un Hermano de las Escuelas Cristianas, en Jaffa, al detenerse éste con su coche para recoger a los alumnos judíos a domicilio. Hay tiendas de objetos religiosos que no pueden exponer crucés ni rosarios ni otros enséres relacionados con el culto cristiano por temor a que estos fanáticos asalten el establecimiento o rompan los cristales de los escaparates. El Gobierno no puede adoptar medidas enérgicas contra esta minoría excesivamente celosa porque a su religión debe él su existencia. Únicamente la Policía procura poner coto a sus desmanes.

Nazaret y los pueblos circunvecinos pertenecen todavía a una zona militar cuyos habitantes no pueden salir sino con un permiso especial, indicando el objeto del viaje y la dirección de la casa donde van a alojarse; la respuesta se hace esperar semanas. En esta región, en extremo poblada, lo que falta es trabajo, y esta reglamentación de las salidas impide buscarlo en otras partes de Israel. La desocupación y la miseria, como es natural, desmoralizan a estas gentes, las cuales trabajadas por la propaganda comunista, acaban por esperar del comunismo el cambio del régimen social. Así, pues,

Nazaret se ha convertido en el principal foco comunista de Israel, que ha dado en las últimas elecciones más del 40 por ciento de los votos a favor del comunismo. Ahora que la población está ya afectada por este mal, el Gobierno temiendo —dicen— la virulencia de los comunistas, niega con frecuencia el permiso de salida de esta zona incluso a los árabes que tienen asegurada una colocación fuera.

Habiendo más de 10.000 judíos sin trabajo se comprende que el Gobierno de Israel les favorezca con preferencia sobre los cristianos y musulmanes. Por tanto, los cristianos son excluidos de los buenos puestos de la administración pública, así como de las empresas judías y hasta de los hospitales; a lo más, pueden encontrar, fuera de los pueblos árabes de Galilea entre los judíos, un puesto de criado, de guarda nocturno o de jornalero, con un sueldo, por lo general, mucho más bajo del que se da a un obrero israelita.

En general, los peregrinos católicos, como todos los religiosos que residen en Israel, son bien vistos por la mayoría del pueblo judío, sobre todo en los servicios administrativos y por parte de los inmigrantes judíos de Europa y Africa del Norte. Estos inmigrantes se sienten felices de manifestar su simpatía hacia estos cristianos, seculares o religiosos, que les evocan tan buenos recuerdos de sus antiguos países. Se ve con frecuencia en los autobuses llenos adultos o niños judíos que ceden el asiento a un religioso que va de pie.

En Jordania

El Gobierno de Jordania es fundamentalmente musulmán. Por consiguiente, los cristianos, que en tiempo del mandato británico sobre Palestina ocupaban importantes cargos administrativos, han sido progresivamente despedidos y reemplazados por musulmanes.

La mayor parte de los cristianos que abandonaron lo que hoy es Israel con

la esperanza de volver a las pocas semanas están refugiados en Jordania viviendo en la miseria. Desde 1948 acarician la ilusión de que un acontecimiento cualquiera, inminente, pero que no acaba de llegar, les devolverá sus casas y sus campos. Muchos que vivían desahogadamente se ven hoy reducidos a la mendicidad; su condición parece más lamentable que la de los mismos árabes que viven en Israel.

En Jordania es donde las obras católicas despliegan mayor actividad. Esto se debe a la abundancia abrumadora de individuos a quienes hay que socorrer o instruir, a la depreciación mayor todavía que en Israel, de la moneda local y a un control menos severo que en Israel de las divisas extranjeras, lo cual hace posible recibir ayudas del extranjero con mucho mayor aprovechamiento que en el Estado vecino.

Para tener idea de la distribución de los católicos en Jordania distinguiremos la Palestina árabe y la Tranjordania (denominación puramente geográfica). La Palestina árabe, cuyo centro es Jerusalén, cuenta con 18.500 latinos, divididos en dieciséis parroquias; algo más de 2.000 griegos melquitas, en cuatro o cinco parroquias, y varios centenares de siriacos y maronitas. En Transjordania hay 15.500 católicos de rito latino, en diecisiete parroquias, siendo la más importante de éstas Ammán, capital de Jordania. Los griegos melquitas puede que sean tan numerosos como los latinos.

Los pueblos de la Tranjordania, en su mayor parte, se hallan en un estado de civilización muy primitiva, mientras que los de la Palestina árabe están más adelantados. Los sacerdotes y religiosas que aquí trabajan viven en la más estricta pobreza y en las condiciones de alojamiento, alimentación y aislamiento moral difíciles de imaginar. Son auténticos misioneros consagrados de veras al servicio divino.

Las parroquias latinas de Israel y de Jordania están servidas: las de las ciudades y Santos Lugares aislados, por los padres franciscanos; las de los pueblos, por sacerdotes del patriarcado latino, que en su mayoría son árabes.

¿Existe un movimiento de conversiones al catolicismo en esta tierra, santa para los cristianos, en que los católicos son tan insignificante minoría? Conversiones se dan, pero casi siempre entre los cismáticos, los cuales, en general, se ven abandonados por su clero, absorbido por intereses personales o familiares, falto de celo apostólico y deficientemente formado para su ministerio sacerdotal.

Entre los musulmanes y los judíos, una conversión sincera y leal requiere un alto grado de valentía y de abnegación. En la mentalidad de sus correligionarios un musulmán o un judío que abandona la religión de sus padres reniega de su patria y se convierte en un ser sospechoso, despreciable por traidor y víctima de una conspiración general.

(Agencia "FIDES")

